

Los ingrátidos
VALERIA LUISELLI



sextopiso

El mediano me despierta:

¿Sabes de dónde vienen los mosquitos, mamá?

¿De dónde?

De la regadera. De día están en la regadera y de noche nos pican.

*

Todo empezó en otra ciudad y en otra vida, anterior a ésta de ahora pero posterior a aquélla. Por eso no puedo escribir esta historia como yo quisiera —como si todavía estuviera ahí y fuera sólo esa otra persona—. Me cuesta hablar de calles y de caras como si aún las recorriera todos los días. No encuentro los tiempos verbales precisos. Era joven, tenía las piernas fuertes y flacas.

(Hubiera querido empezar como termina *A Moveable Feast* de Hemingway).

*

En esa ciudad vivía sola en un departamento casi vacío. Dormía poco. Comía mal y sin variar mucho. Llevaba una vida sencilla, una rutina. Trabajaba como dictaminadora y traductora en una editorial pequeña que se dedicaba a rescatar «perlas extranjeras» que nadie compraba —porque al fin y al cabo estaban destinadas a una cultura insular donde la traducción se abomina por impura—. Pero me gustaba mi trabajo y creo que durante un tiempo lo hice bien. Además, en la editorial se podía fumar.

De lunes a miércoles iba a la oficina; los jueves y viernes estaban reservados para hacer investigación en las bibliotecas. Todos los lunes llegaba temprano y de buen ánimo, con un vaso de cartón lleno de café. Saludaba a Minni, la secretaria, y luego al *chief editor*, que era el único *editor* pero era el *chief*. Se llamaba White. Me sentaba en mi escritorio, me hacía un cigarro de tabaco rubio y trabajaba hasta entrada la noche.

*

En esta casa vivimos dos adultos, una bebé y un niño mediano. Decimos que es el niño mediano porque aunque es el mayor de los dos, él insiste en que aún es mediano. Y tiene razón. Es el mayor pero es chico, así que es mediano.

Hace unos días mi marido pisó un esqueleto de dinosaurio mientras bajaba las escaleras y hubo un cataclismo. Llantos, gritos, temblores: el dinosaurio era irrestaurable. Ahora ya el T-Rex es irrescutable, decía el niño mediano entre sollozos. A veces tenemos la impresión de ser como dos Gullivers paranoicos, caminando eternamente de puntillas para no despertar a nadie, para no pisotear nada importante y frágil.

*

En invierno pegaban tormentas de viento. Pero usaba minifaldas porque era joven. Escribía cartas a mis conocidos, les contaba sobre mis caminatas, sobre mis piernas enfundadas en unas medias grises, sobre mi cuerpo envuelto en un abrigo rojo, con hondos bolsillos. Escribía cartas sobre el viento frío que acariciaba esas piernas y comparaba el aire helado con los picos de una barbilla mal rasurada, como si el aire y unas piernas grises que caminan por las calles fueran material literario. Cuando alguien ha vivido solo durante mucho tiempo, el único modo de constatar que sigue existiendo es articular las actividades y las cosas en una sintaxis compartible:

esta cara, estos huesos que caminan, esta boca, esta mano que escribe.

Ahora escribo de noche, cuando los dos niños están dormidos y ya es lícito fumar, beber y dejar que entren las corrientes de aire. Antes escribía todo el tiempo, a cualquier hora, porque mi cuerpo me pertenecía. Mis piernas eran largas, fuertes y flacas. Era propio ofrecerlas; a quien fuera, a la escritura.

*

Una novela silenciosa, para no despertar a los niños.

*

En aquel departamento había sólo cinco muebles: cama, mesa-comedor, librero, escritorio y silla. El escritorio, la silla y el librero, en realidad, se integraron después. Cuando llegué a vivir ahí, encontré sólo una cama y un comedor plegable de aluminio. Había también una tina empotrada. Pero no sé si eso cuenta como mueble. Poco a poco, el espacio se fue habitando, aunque casi siempre con objetos pasajeros. Los libros de las bibliotecas pasaban los fines de semana apilados en una torre junto a la cama y desaparecían el lunes siguiente, cuando los llevaba a la editorial para dictaminarlos.

*

En esta casa tan grande no tengo un lugar para escribir. Sobre mi mesa de trabajo hay pañales, cochecitos, transformers, biberones, sonajas, objetos que aún no termino de descifrar. Cosas minúsculas ocupan todo el espacio. Atravieso la sala y me siento en el sofá con mi computadora en el regazo. El niño mediano entra a la sala:

¿Qué estás haciendo, mamá?
Escribiendo.